

Si yo me despidiera para siempre,
Si partiera como un ruido morado
Hasta algún oculto violín...».

En un violín, en una hoja de hierba o en un vilano vagabundo, Ossorio sabe que va rodeado de múltiple e ilustre compañía. Lo importante en este caso es la seguridad de permanecer y la energía que de tal convencimiento resulta. Energía que funciona, por lo demás, en inversas direcciones porque, como el mismo Ossorio lo reconoce, es su ternura que le hace adivinar el secreto de su propia resurrección:

«Hablo hacia muy adelante,
Aprovechando esta disposición del cariño».

Sacrilegio parece casi intentar una sinopsis de una historia que Ossorio ha narrado en versos tan hermosos y con palabras de tan profunda significación. Es necesario leer esta historia y estudiarla, deleitándose en las maravillosas imágenes, en las frases imprevistas, en la inspirada emoción de sus palabras amorosas. Desconocemos aún el desenlace. Ojalá Ossorio prolongue su búsqueda y desmenuce sus hallazgos. No siempre cae la lámpara del cuento en manos de un poeta alucinado.—FERNANDO ALEGRÍA.



<https://doi.org/10.29393/At276-24JGMA10024>

«JORGE GUILLÉN-CÁNTICO», por *Joaquín Casaldüero*. Editorial Cruz del Sur. Santiago de Chile.

El notable crítico español Joaquín Casaldüero, ha publicado un libro de estudio completamente dedicado a la obra del poeta peninsular Jorge Guillén.

El análisis, profundo y hecho con cariño verdadero, com-

prende varios capítulos que van desde el dedicado a la «poesía pura», hasta el que llama «movimiento rítmico» en la obra guilleniana, pasando por otros temas fundamentales en la poesía del valisoletano.

Guillén, situado inmediatamente después de Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, forma con Pedro Salinas aquel afán de dar a la poesía peninsular una posición de pureza, de frialdad calculada: el sometimiento de la palabra a sus límites más lejanos, a sus temblores más tenues. Palabra desnuda, despojada «casi» de su significación poética. Dice Casaldüero que la poesía de Jorge Guillén es exclusivamente poesía, como la pintura de Pablo Picasso es exclusivamente pintura». Guillén excluye la anécdota—sentimental, narrativa, ideológica—y da una poesía sin confusión, limpia, llena de la inmovilidad de un mármol, aunque con cierta sangre que corre dentro, segura, como guiada por una voluntad constante.

Guillén, trabajador absoluto, dueño de un amor nunca agotado por su labor poética, ha ido de purando cada uno de sus poemas, presentando versiones distintas, variantes en sus versos aun después de publicados. Este afán de perfección, dice Casaldüero, no es corrección ni lima. Es un hallazgo continuo. Creemos que el crítico español tiene razón. Un poema no se termina, no se acaba materialmente. En la música, por ejemplo, el caso es semejante. Strawinsky ha hecho dos orquestaciones de «El pájaro de fuego»; Manuel de Falla trabajó incansablemente en sus «Noches en los jardines de España», corrigiendo, depurando hasta el último sonido, no estando jamás satisfecho de la obra terminada. Afán de perfección, de lucha contra el tiempo.

Guillén no es un poeta atormentado; su afán, para Casaldüero, es la claridad. Prescindiendo del sueño, llega a desprenderse hasta del sufrimiento. Su alegría es una alegría sin meditación, sin pensamiento, alegría de alegría. No se podría tachar, sin embargo, a Guillén de ser un poeta frío, matemático:

lo que sucede es que su pasión corre muy escondida, rápida fugitiva. Un poema suyo, «El manantial», bastaría para probar lo dicho,

Casaldüero, con verdadero amor y trabajo, ha estudiado la forma poética de Guillén sin el estúpido afán del erudito pedante. El ritmo, el verso y la estrofa, la construcción, etc., son analizados certeramente, con altura de mirada, por el crítico peninsular. Señalando un verso del propio Guillén, Casaldüero se ha ajustado a su «sola desnudez», vale decir a la pureza, alegría y gracia poéticas del alto poeta de Valladolid.—MIGUEL ARTECHE.



LOS CAMINOS DEL HOMBRE, por *Julio Durán Cerda*

Desde hace algún tiempo se viene acentuando, en nuestro país, la tendencia hacia lo práctico.

No hay duda que las orientaciones aludidas ya están incrustadas en la mentalidad nacional, intuitiva y progresista.

Sin embargo, hay obstáculos que impiden, o mejor, detienen momentáneamente este reajuste educacional. Ese remanente queda asido de la rutina administrativa y en los que, incapaces de evolucionar, defienden, desde sus influencias «su» tiempo, pseudo intelectual y conservador.

¿Quién puede negar que nuestra época es industrial, época de producción, de realizaciones materiales asombrosas, en que se precisa perentoriamente el obrero especializado y responsable? ¿Quién no presiente que el trabajador suelto, anárquico, sin un oficio definido, ya es una sombra disuelta en vinos románticos?

Nadie, tampoco, desconoce que para obtener este fin, es necesaria una estructura seria y científica de las distintas ramas educacionales, desde la primaria, pasando por la secundaria, hasta la universitaria. Y el Gobierno chileno ha hecho ya esta estructuración; mala actualmente, llena de vicios en cuanto a la